

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA PATRIA

La noticia cayó en Villamediana de Arriba como una bomba. El Gobierno pedía 90.000 hombres. Las negociaciones sobre Marruecos tomaban mal giro y hacía falta vivir sobre aviso. Pero la mala nueva donde causó peor efecto, fué en casa del señor «Francisqués», el zapatero. Su hijo Juan Antonio había sacado mal número en el sorteo de aquel año. Si el cupo hubiese sido el de siempre... quizá se hubiese librado... ¡pero 90.000 hombres! cá imposible! El pobre zapatero lo supo primero. No estaba su hijo en casa... Festejando sin duda con la fantasiosa de la «Ugenia», la moza más castiza de Villamediana de Arriba.

—Bueno se pondrá Juan Antonio en que lo sepa— indicó el zapatero sin dejar de darle a la lezna.

—Y qué vamos a hacerle «Francisqués» ¿«quiés» que nos «golvamos» gobierno «pa» mandar otra cosa? respondió mal humorada su digna consorte la «señá» Angela, y añadió: Hacén falta muchos dineros, verdad «Francisqués». Me han dicho que más de doscientos duros.

Trescientos justos y cabales, ni uno más ni uno menos, respondió el zapatero con un suspiro.

—¡Pobre Juan Antonio! ¿qué será de él cuando se vaya? El que nunca ha ido más lejos de las eras.

Iba a contestar el zapatero cuando su hijo, Juan Antonio llegó. Venía agitado, blanco como la cera con el terror pintado en el rostro.

Entró, encaróse con sus progenitores, y sin más preámbulo gritó:

—¡Pero sabéis lo que pasa? ¡Casi nada! ¡90.000 hombres y a mí me cogen en medio! ¡a la guerra...! ¡y tendré que ir! ¿Aun hablan de la patria? ¡Maldita sea!

¡Su padre le miró severo con reproche silencioso.

Juan Antonio siguió excitadísimo y colérico. ¡Sí! ve a luchar por la Patria... desinteresadamente... luego si te dan un balazo, ¿quién se acuerda del muerto? ¡Nadie! ¡Todo por la Patria...! ¿qué me da a mí sino disgustos y sinsabores? ¡Ojalá se pudra!

—¡Muchacho!— intervino el zapatero. La señá Angela asentía llorosa.

—¿Qué? por qué—acaso no tengo razón? ¡Y me sobra! ¡Está uno tranquilo en su casa, feliz, sin decir nada, con una novia que le quiere...

—Vamos ya salió aquello—interrumpió el Sr. Francisqué.

—Sí, con una novia que le quiere... y vienen a decirle: Déjalo todo y ve a que te maten los moros... es en nombre de la Patria... ¡qué patria ni qué ocho cuartos! ¡reniego de ella si para eso sirve!

—No digas disparates, Juan Antonio...—saltó sin poderse contener el honrado zapatero—anda vete a dormir—y verás cómo mañana miras las cosas de distinto modo.

Refunfuñó el mozo, miróle severo el padre a través de sus enormes gafas, y sin dejar de murmurar penetró Juan Antonio en su habitación en busca de la confortadora cama.

Sin dejar de bullirle en su cerebro obtuso la impresión dominante del día, se durmió. Y empezó a soñar. Falto de quehacer en el pueblo y aun en las comarcas vecinas había marchado a Francia, donde se decía pagaban buenos jornales. Estaba en París. Trabajaba en un fantástico taller de calzado, con unas máquinas eléctricas muy grandes, donde entraba por un lado la piel sin curtir y salían por otro las botas y zapatos primorosos y elegantes. Cosa rara. Hablaban los operarios un lenguaje que no era el castellano, pero que lo entendía Juan Antonio perfectamente.

Era la hora del almuerzo; el capataz o encargado estaba sentado al pie de una dinamo, con un periódico abierto. Se dirigió a sus compañeros: Oid lo que dice «Le journal», dijo con voz enfática. Esto va a las mil maravillas. España, esa infeliz España, cede a evacuar Marruecos y hasta Melilla... ¡Ja, ja, es mucho miedo el de esa pobrecilla España...

Sintió Juan Antonio como un latigazo en pleno rostro al escuchar la risa brutal de aquel bucéfalo. Encaróse con él y dándole tremenda bofetada,

le dijo con voz entrecortada: ¡Mientes apachel! En España no hay cobardes... el más cobarde de allá os hace poner a vosotros carne de gallina...

Se produjo gran tumulto en la fábrica. Acudieron los gendarmes y se llevaron a Juan Antonio a comparecer ante el comisario, acusado del delito de agresión. Por el camino le interrogó el groserote del gendarme haciendo temblar de ira a Juan Antonio sus palabras pletóricas de mala intención y veneno. ¡Vaya, vaya y cómo las gasta el español!, conque no es miedo lo que tiene España... ¿qué será pues? ¿Por qué nos dejan Alcázar y Larache? Y mirando a su compañero que sonreía bonachón, acabó con una frase lapidaria. «O portugués y español poco se llevan los dos».

Juan Antonio rugió. ¡Como!, ¡qué!, ¿los había comparado a los españoles con los portugueses? ¡No!, aquello no podía ser... y se lo pagaría caro a fe de Juan Antonio. Y se arrojó sobre el gendarme armado de agudo puñal que le hundió en la blandura bofa de su pescuezo de toro. Bien pronto la cara regocijada del funcionario se nubló y enrojecida a trozos por la sangre se alargó fatal en... espasmo cruel de agonía...

Se arrojó su compañero sobre Juan Antonio y lo condujo maltratándolo hasta arrojarle brutal en las lobregueces de un calabozo.

Compareció ante un tribunal. El delito era terrible. Había asesinado a un gendarme estando éste en cumplimiento de su deber. Leyóse la acusación. Pena de muerte. Habló el defensor. Era un franchute también. Le pareció a Juan Antonio que abogaba por su condena. Testigo, sólo el compañero del muerto. Retiráronse a deliberar los jurados. Salieron a poco expresando satisfacción sus rostros sanguíneos y coloradotes de franceses borrachos...

Leyó un secretario... «pena de muerte en la guillotina...»

Juan Antonio se estremeció: ¡en la guillotina! ¡puf! ¡qué asco! preguntó: ¿No dan garrote en Francia?—No—le respondieron.

Llegó el día fatal. El patíbulo se alzaba fatídico. Subió Juan Antonio sereno sus gradas. El verdugo le dijo socarrón mientras le desnudaba la corbata: ¿Hay mucho miedo, español

—¡Miedo yo!, ¡muero por la patria!, le respondió iracundo al tiempo que lo hacía rodar por el tablado de un soberbio puñetazo aplicado en sus narices de berengena.

Despertó Juan Antonio. Tenía frío. Toda la ropa estaba en el suelo. Los golpes y puñetazos repartidos entre nuestros «amigos» los franceses, habían transcendido a las sábanas y almohadas dejándolas de sí a puntapiés y puñetazos.

Se vistió: bajó al portal y le espetó a su padre que ya estaba agujereando cuero con su lezna puntiaguda: ¡Padre! no espero a que me llamen... mañana mismo marchó voluntario...

MANUEL HUERTA MARIN

CHARLA

—Don Ramón .. don Ramón...

—Ah, es Vd. Me pareció oír mi nombre y como veo mal...

—Ya hace tiempo que no le veo. En todo el verano no ha aparecido usted por parte alguna.

—Es verdad, amigo D. José; pero es que estuve otra vez a punto de morirme, y cuando ya estaba todo preparado, nuevamente me dejaron aquí.

—Aún no terminó Vd. su misión.

—Pero qué hago yo en este mundo a los 90 años.

—Mucho, D. Ramón, mucho.

—Nada, D. José, nada. Es más: hago algo, sí; pero es estorbar solamente.

—Eso cree Vd., pero no es cierto.

—Entonces para qué me quieren. Con la falta que hacen las bajas de tabaco y racionamiento de las personas que ya no podemos producir, en estos tiempos actuales.

—Eso no se puede decir...

—Pero es cierto, por desgracia. Vivimos en tiempos muy positivos. Y quien no produce, sobra.

—Todo no se cifra en producir. Sus años son la experiencia del tiempo y Vd. puede aportar su experiencia a quienes le rodean, y por cierto que hace mucha falta, pues esta juventud alocada que parece dirigir la vida moderna, necesita la prudencia de sus años y...

—A la juventud de ahora, como la de todas las épocas, la experiencia le estorba. Es experiencia cansada que no le sirve.

—Sin embargo la presencia de los viejos les contiene y no se hacen tantas locuras por respeto.

—Pero... ¿le parecen pocas locuras las que se hacen ahora? Vd., amigo D. José, ¿no ve que el mundo ha abierto de par en par las puertas de los manicomios y todo parece dirigido por enfermos mentales, mientras los loqueros están en campos de concentración o en las cárceles?

—Sí, es cierto. Algo de eso hay, aunque gracias a Dios en España, aún no ha triunfado la revolución en los manicomios.

—Pero España es una pequeña porción de tierra en medio del mundo y si continuamos muchos años así temo que no haya otra solución que matar a los loqueros y hacernos todos locos, pues yo cada vez entiendo menos esta vida que atravesamos.

—La política, D. Ramón, la política.

—La política y todo lo demás. Pues hasta el fútbol de ahora no es el de hace unos cuantos años.

—Tal vez más apasionamiento.

—No me diga, pues oigo a mis nietos hablar de los partidos y los nombres de los jugadores no me sueñan a español. Creo que el fútbol se ha hecho internacional y juegan en equipos de España, individuos de todas las nacionalidades. Y el público... ¡cómo ha cambiado también!

—Sí, todo fué cambiando.

—Y las enfermedades. Es curioso lo que ocurre con las enfermedades.

—Sin embargo con Vd. no pueden. Me tienen cercado y creo no tardarán mucho en conquistar la plaza.

—Vd. es fuerte aún y puede resistir.

—Eso era antiguamente. Ahora en lugar de inventar métodos y procedimientos para curar las enfermedades incurables, se inventan enfermedades nuevas y claro, no hay manera de curarlas.

—Pero Vd. puede con ellas.

—Cada vez que me pongo de muerte, me descubren cosas nuevas. Yo decidí no prestar atención, pues a pesar de conocer bien todas las partes del cuerpo humano, cada día encuentran en mí alguna cosa nueva con nombre raro que termina curándose cuando me dejan en paz.

—¿Y sus nietos siguen estudiando?

—No pude seguirles, fué superior a mis fuerzas. Andan ya por los finales de Bachillerato. ¡Pobres! Los oigo estudiar y me da pena. En nuestros tiempos no estudiábamos tanto. Eramos más discretos y menos ambiciosos.

—Todo cambia, D. Ramón. Han pasado muchos años y no podemos obligar al mundo a estacionarse. Los tranvías no van a seguir arrastrados por las caballerías. Ni vamos tampoco a seguir viajando en diligencia.

—Sin embargo creo que el mundo se equivoca. Eramos más felices. Había más educación. Más respeto mutuo entre los hombres y entre las naciones. Las jerarquías eran consideradas y todo el mundo trabajaba más y atendía más al cumplimiento de sus obligaciones.

—Y el mundo evolucionó, mejorando en algunas cosas.

—Y empeorando en las más, pues no me dira Vd. que vivimos tiempos cómodos y tranquilos.

—Las guerras.

—Que son cada vez más frecuentes, pues la ambición humana es cada día mayor. Todos quieren mandar. Todos quieren ser ricos. Nadie quiere trabajar.

—Evolución, amigo mío, evolución.

—Caos, D. José, caos y falta de sentido común y de fe, que si tuviesen éstas dos cosas otra vida tendríamos.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Vd. por lo que veo, resignarse. Yo morirme, si es que me dejan.

—¿Y qué va a solucionar Vd. con eso?

—Reirme de todos ellos, pero yo el loco no me hago.

—Pero, si a Vd. no le quieren en el otro mundo.

—Tengo mis esperanzas. A la tercera dicen que va la vencida.

—¿Y cree Vd. que es la mejor solución?

—Estando bien con Dios... inmejorable. Es la verdadera liberación.

—Poco miedo tiene Vd. a la muerte.

—Ninguno. Tengo mis cuentas arregladas y la misericordia de Dios, hará lo demás.

—Me admira su fe y su entereza.

—Pero, D. Jose del alma, ¿Vd. no cree que es mucho mejor esa solución a mi edad que vivir de sobresaltos con las cosas que se ven cada día y las que se leen por esos mundos?

—Sí, tal vez tenga Vd. razón.

—Pues animarse. Y pedirle a Dios todos los días que no nos olvide, pues somos incompatibles con esta generación que nos rodea.

—Creo es cosa de pensarlo.

—Lo peor será si le pasa a Vd. como a mí.

—¿Qué es lo que le pasa?

—Que Dios no me hace caso y cada vez que me pongo muy malico, como el médico no me entiende... pues no acabo de liberarme. Pero confío en que alguna vez Dios, tendrá piedad de mí.

Don JUSTO

LA VIEJECITA DE SUBURBIOS

Han salido todos. Ya el templo se arrebuja en su chal de silencio. Los cirios que lloraron lágrimas ardientes callan mustios y graves. Acurrucada junto al altar del Cristo reza una pobre viejecita, y, como el humo de los cirios, sube al cielo su plegaria oculta, suave, silenciosa. Se levanta pesada, trabajosamente. Se encamina hacia la mesa petitoria. Y Carmen vuelve a cuchichear;

—Esta pobre vieja viene a pedirnos.

—¡Calla! ¡Si es Balbina, la protegida de mi madre! Suele venir a casa a recoger los desperdicios para el cerdo.

—¿No me dijiste que vivía en el barrio de las Latas?

—Se habrá llegado aquí aprovechando el viaje... Mi madre le paga el metro.

La anciana se acerca a la mesa petitoria. Hay en su gesto un no sé qué de vergüenza. Acaso el pudor que las almas grandes tienen de su propia grandeza. Sus manos temblonas rozan la bandeja, ya b'anda con el muelle colchón de papel de banco.

Carmen y Mari Luz se miran... Doblado, doblado, la vieja ha dejado en una esquina de la bandeja un billete, un billete sucio, arrugado como la vida gris de la «señá» Balbina.

La viejecita ha vuelto a arrodillarse ante el altar del Cristo, y las muchachas se dirigen a la sacristía para hacer el recuento de las limosnas. Mari Luz, sin poder reprimir un movimiento de curiosidad, desdobra el billete de la mujer que recoge los desperdicios de su casa.

—¡CIEN PESETAS!... Balbina se ha confundido...

Y sale corriendo en su busca.

Avergonzada, como si hubiera cometido un crimen, la viejecita de la falda raída, del mantón ala de mosca, del pañolón zurcido, salía ya de la iglesia con su paso lento, torpón.

—No, señorita María Luz; no me he confundido. Lo «eché» pa las Misiones

—¿Pero Vd. sabe lo que son cien pesetas?

—¡Mal que no!... ¡Si las llevo arrejuntando un año pa los misioneros!

Mari Luz y Carmen sienten como un escalofrío. Ante sus ojos, empañados por las lágrimas, van desfilando todos: Carlos y Manolo, cinco duros; Bebel, una peseta; el abogado y su mujer, diez pesetas; el estudiante «swing», un duro; don José dos pesetas; la «señá» Balbina, CIEN PESETAS.

.....
"Estando un día Jesús predicando junto al cepillo del templo, vió a varios ricos que iban echando en él sus ofrendas. Y vió asimismo a una pobre viuda. Ya conocéis la conmovedora historia, mil veces oída... «Estos han ofrecido a Dios parte de lo que les sobra... Esta, de su misma pobreza, ha dado lo que tenía y necesitaba para su sustento».

P. DE CUADRA

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

No es corriente la heroicidad. Ni tan siquiera la dignidad en los actos humanos. Por lo general, la cobardía, es la actitud más normal en el hombre.

En la vida de Cristo, observamos cómo los hombres indecisos, sin la valentía admirable de quien afronta las consecuencias de sus actos, rodean constantemente a Jesús de Nazaret, a través de sus años de vida pública. Cobardes sus discípulos en la mayoría de los casos, cobardes los sacerdotes, escribas y fariseos, que conspiran en la oscuridad y critican a espaldas del Maestro, cobarde Judas, que gestiona a escondidas la entrega del Hijo del Hombre a sus enemigos, cobarde Pilatos, que no se atreve a afrontar la responsabilidad de realizar un acto de justicia, y en fin el mundo entero nos ha descubierto la cobardía como norma de vida en los hombres y en los gobernantes.

Recorred la historia de todos los países y la encontraréis avergonzada por la cobardía de la humanidad.

Al lado del pequeño número de los héroes, vereis surgir por todas partes la claudicación, la tortuosidad, la indecisión, la cobardía...

Desgraciados los hombres y los pueblos que han perdido el concepto de la dignidad y del honor.

.....
¿Por qué no viven honradamente muchas personas? ¿Por qué no pueden levantar la cabeza en la calle cuando se encuentran con otra persona que se sabe vive honradamente? ¿Por qué la vida de muchos es una incógnita incompresible cuya explicación la conocen sólo las estrellas y su conciencia oscura?

Muchas personas quisieran ser religiosas, cumplir con lo que manda la Santa Madre Iglesia, frecuentar los sacramentos, ir por la calle como cristal transparente que refleja un alma limpia; pero.. les falta decisión, entereza, valentía.

Tampoco tienen valor para romper sus relaciones ilícitas. Ellos quisieran; sí, pero les falta ese gesto de héroe que es preciso tener para afrontar la responsabilidad de los propios actos. Quisieran no dejar nunca de vivir bien con Dios, guardando sus mandamientos, pero sus amigos, esbozarían la sonrisa cruel que destruiría sus buenos propósitos. Ya es tarde rectificar. Todos les conocen y cortar de raíz toda una vida, es muy duro; se necesita mucha fuerza de voluntad y una decisión viril... que no tienen.

Y sin embargo, se vive mejor con la conciencia tranquila. Con menos presunción de hombre de mundo, pero con más independencia y más felicidad en nuestros corazones.

Estos hombres de mundo, que presumen de todas las inmoralidades, son esclavos de todos los que les rodean. Con unos tienen las relaciones inmorales y con los otros presumen de tenerlas. Y lo peor para ellos es que siempre alardean de lo que carecen. Muchos de estos desgraciados, son incapaces hasta de obrar mal y para mayor escarnio presumen de no vivir honradamente. Esta clase de cobardías rebasa todos los límites, y son los mayores dignos de lástima.

—No puedo rectificar. Mi vida ha sido siempre de hostilidad hacia la Iglesia y contra la vida moral. Mis amigos creerían era un impostor y que claudicaba a última hora.

Estas son las palabras de muchos que llegan a determinadas circunstancias de su vida y les falta el valor para confesar sus equivocaciones. Y muchas veces llega también la muerte a sorprender sus palabras de hombre cobarde hasta el fin.

«El rectificar el error, es de hombres». Las bestias no rectifican jamás. Nada tiene de particular en la vida del hombre que el error haya ofuscado en un tiempo su inteligencia. La pasión ofusca muchas veces la razón; pero el hombre, ser inteligente ha de buscar siempre la verdad y no debe descansar hasta encontrarla.

La verdad existe. Debe de buscarse, aunque a veces nos duela encontrarla y nos obligue a rectificar ante los hombres; pues permanecer en el error, no es compatible con la inteligencia que Dios puso a nuestra humana naturaleza.

.....
El gesto valiente de un hombre, siempre fué admirado por todos. La cobardía, nunca fué cualidad digna de erigirle un monumento.

R.

Mensajero de ESPAÑA

A Don Federico García Sanchiz,
en su viaje a América

Mensajero de amor: Tus alas tiende y lleva en tus mensajes el calor de España, que ya América comprende tu mensaje de amor.

Mensajero de paz: Tus alas bate; que tu mensaje sea de hispanidad; de comprensión y amor sea acicate tu mensaje de paz.

Mensajero de fe: Mueve tus alas y a la tierra que un día nuestra fué da engalanada con ardientes galas tu mensaje de fe.

España es quien te envía con anhelo; de su corazón llevas el latir... Paloma blanca, emprende ya tu vuelo, que ya puedes partir.

Saluda al mundo que nació de España con un abrazo maternal de amor: ¡Que la madre a sus hijas no sea extraña fantasía y error!

Que donde la maldad veló los ojos de la razón con la calumnia vil, adviertan que su Madre está de hinojos, no humillada y servil, sino clamando a Dios misericordia para que aquellas hijas puedan ver la aurora de la paz y la concordia de nuestro amanecer.

Que escuchen el clamor que el aire hiende de esta España que vela maternal, y de sus hijas el honor defiende del error y del mal.

Que abran la vista al sol de amanecida, y vean a España a su brillante luz, pidiendo a Dios por ellas, compungida, con los brazos en cruz

Cruz de España y olor de sementera ¡Siembra nuestra semilla: paz y honor! eleva veloz, Paloma Mensajera, el mensaje de amor.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Comentando

HA ENTRADO EL INVIERNO

¿Se acuerdan mis queridos lectores, de que en mi anterior artículo descubría la verdad de muchos veraneantes, que no disfrutaban de la playa ni por broma? ¿Se acuerdan de que yo decía que ellos regresaban a sus hogares, satisfechos del hinchazón de aire de sus pulmones, y de las trolas que llevaban preparadas para contar a sus amigos y contertulios? ¿Se acuerdan de que yo decía que nosotros éramos cómplices suyos, al ocultar la «verdadera» verdad de su veraneo para que volviesen al año siguiente? ¿Se acuerdan que terminaba mi escrito diciendo que quién engañaba a quién?

Pues bien: hoy voy a dar cumplida satisfacción de todas estas preguntas. Nos engañamos mutuamente y de común acuerdo. Esta que es la última pregunta me interesa contestarla en primer lugar ¿Por qué nos engañamos mutuamente?

Porque ahora nos toca a los hombres de mar, salir a invernar a otras ciudades. En esta época, nosotros nos damos el lujo de ir, por ejemplo, a Alicante, o a cualquiera otra ciudad invernal. ¡Mentira como la de ellos! Nosotros no pasamos de la primera estación, en cuya aldea aguantamos los chaparrones y las tempestades del invierno. Ahora, que para los amigos, estamos en las costas de levante... y ellos nos secundan en nuestra farsa como antes nosotros en la de ellos.

Viste muy bien salir de casa en alguna ocasión, y nosotros nos damos el lujo de salir. Para eso tenemos tanto y cuánto.

Estudios Prácticos de Comercio

PROFESOR:

JUAN MANUEL ORTEA CORUJO

Licenciado en Derecho y Apoderado de Banca

CURSO INTENSIVO: Preparación de empleados de oficina en general, y CONTABLES PREPARACIÓN PARA INGRESO EN LA BANCA PRIVADA: Para concurrir a los exámenes que se celebren en toda España.

Los estudios serán en su mayor parte de carácter práctico.

HORAS: de 6 a 9 de la tarde
Desde el mes de Octubre

Muralla, 7. 1.º Teléfono 3988
GIJÓN

Vamos porque podemos permitirnos ese lujo igual que los del interior que vienen a nosotros por el verano. Así mismo. Sin más y sin menos. ¿Qué ellos no disfrutaban de la playa? Pues nosotros, no disfrutamos de... de... de lo que tengan. Como ellos no nos lo han de descubrir...

La diferencia que, desde luego, hay, es que nosotros no nos atrevemos a inflar nuestros pulmones de aire, por si, por equivocación, nos hinchamos de pulmonías, que si no, yo quisiera ver a tantos veraneantes nuestros tan aprovechados de aire como nosotros. Ellos vienen a nuestra playa a bañarse, como nosotros vamos a sus montes a patinar. Ellos no se bañan, nosotros no patinamos. Ojo por ojo.

¡Y hay que ver la de heroicidades que «cometemos» en la nieve! Allí nadie se ahoga, pero el peligro es constante: los resbalones, las caídas, los trastazos, los... las... Pues en todos estos casos somos nosotros los salvadores meritísimos, que con nuestro arrojo ponemos el mingo.

¡Cómo se reirán ellos de nosotros... Como nosotros de ellos. Nosotros salvamos de las impertinencias de la nieve a los que durante el verano nos salvaron de un «ahogamiento» más o menos importante. Ojo por ojo, otra vez. ¿Para qué analizar más? Somos unos y los mismos aquí en la playa que allí en la nieve. Ahora que cambiamos los papeles. Nos los repartimos equitativamente. Los que primero tuvieron papeles de hombres buenos, ahora hacen de hombres malos, y viceversa.

Y seguimos engañándonos modestamente, sin darnos cuenta de que los que nada tienen que ver ni con la nieve ni con la playa, aquellos que bien pudiéramos llamar los espectadores de las dos come-

días de verano y de invierno, se saben espectadores y se ríen de la comedia desde la entrada general.

Nos engañamos los dos, porque somos dos comediantes, y el espectador ríe persuadido de que esta comedia sin escribir, pero representada y reprisada en tantos escenarios, es más cómica y mejor hecha que tantas otras que se representan en los teatros y que, además, tienen que pagar para presenciarla.

HERO

César Álvarez Prieto

Pintor y constructor de obras

Av. del Molinón, 2 - Tel. 3115

GIJÓN



Ornametación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJÓN

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJÓN Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

roveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJÓN Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJÓN Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)